

REVISTA DE PSICOLOGIA GENERAL Y APLICADA

**Sistemas de autorreferencia
y esquemas cognitivos**

Carmelo Vázquez

Volumen 41(6)

1986

Sistemas de autorreferencia y esquemas cognitivos

CARMELO VAZQUEZ
Universidad Complutense

RESUMEN

En el presente artículo se presenta un nuevo modo de concebir el «yo» como un sistema cognitivo de autorreferencia. Dicho sistema es conceptualizado como un genuino esquema cognitivo que interviene como un elemento procesador de información. Se analiza la posibilidad de que el sistema de autorreferente (o «autoesquema») posea características idiosincráticas que le diferencien de otros tipos de esquemas. Asimismo se discute la posibilidad de que conocidos sesgos en las atribuciones causales, en la distribución de recursos atencionales y en el recuerdo pudieran ser explicados en términos de la intervención del «autoesquema». Por último, se discute en qué medida el «autoesquema» es un procesador eficaz de información o, por el contrario, favorece la aparición de sesgos en el procesamiento de la información.

ABSTRACT

In this paper we present a new way of conceiving the «self» as a self-referent system. That system is thought to be a real cognitive schema which works as an information processing device. Whether such a self-referent system (or «self-schema») is a idiosyncratic cognitive schema is discussed. Such phenomena as «fundamental attribution error» and biases in recalling self-information are explained in terms of the eventual role of the self-referent system. Finally, it is discussed whether or not the «self-schema» is an efficient processing device.

INTRODUCCION. LOS ESQUEMAS COGNITIVOS

Los seres humanos se enfrentan a un entorno continuamente cambiante que demanda elevadas capacidades adaptativas. A su vez, han de analizar el prolijo suministro de información que dicho entorno les ofrece. Parece evidente que esa empresa sería inabordable si las personas no dispusiesen de determinados mecanismos que les per-

mitiesen categorizar, evaluar, y procesar el incesante flujo de estímulos al que se ven expuestas. En su pionera obra, Miller, Galanter, y Pribram (1960, p. 7) ya afirmaban que «el ser humano —así como probablemente otros animales— erige una representación interna, un modelo del universo, un esquema, un simulacro, un mapa cognitivo, una imagen». Así, pues, los seres humanos parecen dotarse de representaciones organizadas del entorno. En otras palabras, las personas no procesarían directamente los «objetos-reales» del mundo (empleando la terminología de Bunge), sino la representación o *construcción* que hacen de la realidad. La Psicología Cognitiva ha señalado que, en definitiva, los seres humanos utilizan «*esquemas cognitivos*» (1) para efectuar dichas tareas.

Aunque no existe una definición clara de los esquemas, éstos pueden ser considerados como estructuras de conocimiento que, a su vez, se articulan en redes más complejas (Neisser, 1976; Minsky, 1975; Rumelhart y Ortony, 1977).

Por ejemplo, todos nosotros poseemos un esquema de lo que es un tejado, de lo que es una pared, una ventana... y, supuestamente en un nivel integrativo superior, de lo que es una casa. Sin embargo, los esquemas no son reducibles a meros *conceptos* o *categorías*. Mientras que una categoría está formada simplemente por varios objetos que comparten algo en común (Rosch, 1978), la noción de «esquema cognitivo» parece ser algo más amplia. En primer lugar, los esquemas engloban no sólo características definitorias de objetos, sino que, además, pueden incluir propiedades funcionales de los mismos. Por ejemplo, uno puede saber no sólo qué es «ir de visita», sino también *qué se hace* cuando uno va de visita. De este modo, los «guiones» de comportamiento (cfr. Shank y Abelson, 1977; Abelson, 1981) pueden considerarse también, con absoluta propiedad, esquemas cognitivos (2).

En segundo lugar, los esquemas cognitivos no sólo son estructuras más o menos estáticas, sino que se supone que juegan un papel activo como *mecanismos procesadores de información* (Neisser, 1974; Rumelhart y Ortony, 1977). Empleando una paráfrasis piagetiana, se puede decir que los esquemas cognitivos son «estructuras estructurantes». Imaginemos que un psicólogo tiene el «esquema» de lo que es un «enfermo mental». El uso de tal esquema durante, por ejemplo, una entrevista clínica inicial, le va a facilitar *fijarse* en determinadas conductas de su eventual paciente y, por el contrario, *ignorar* (voluntaria o involutariamente) otras. A su vez dicho esquema le va a permitir efectuar *inferencias* sobre las razones del comportamiento del paciente y sobre otro tipo de conductas no observadas durante la entrevista; asimismo, ese esquema le va a permitir establecer *expectativas* sobre el comportamiento futuro del sujeto. En suma, «durante la aplicación de un esquema, éste impone una interpreta-

ción del input, guía la atención, genera inferencias, y formula expectativas» (Graesser y Nakamura, 1982, p. 63). Es imprescindible señalar que los esquemas cognitivos tienen un papel *constructivo* de la realidad y, por lo tanto, existe el peligro evidente de que tengan un efecto distorsionante: Siguiendo con el ejemplo del psicólogo, es ya un lugar común indicar cómo los profesionales de la salud mental tienen un notable riesgo de «patologizar» erróneamente la conducta del sujeto observado (ej.: Rosenhan, 1973; Meehl, 1973; Cantor et al., 1980) (3). Más adelante analizaremos en detalle la eficacia de los esquemas como procesadores de información.

EL «YO» COMO UN ESQUEMA COGNITIVO

La posibilidad de conceptualizar el «yo» (4) en términos de «esquema cognitivo» es muy reciente. En una revisión sobre la mayor parte de la investigación realizada durante décadas sobre el «yo», Wilye (1974, 1979) señaló que de los miles de estudios efectuados, la inmensa mayoría (aproximadamente el 95 por 100) corresponden a investigaciones sobre la «autoestima» —normalmente evaluada con algún cuestionario—. Sin embargo, la autoestima es tan sólo una parte (aunque sin duda importante) del «yo». Por ejemplo, McGuire y su grupo han hallado (McGuire, 1984; McGuire y McGuire, 1982) que cuando se pide a una persona que se describa espontáneamente a sí misma, es decir, sin emplear ningún tipo de escala o cuestionario, sino empleando preguntas directas como «Háblanos sobre ti mismo», es muy *infrecuente* la aparición de respuestas relacionadas con la autoestima; de hecho, la gente se autodescribe en términos de sus características físicas más sobresalientes, o en términos de roles, aficiones, etc.

En este apartado vamos a exponer un nuevo tipo de investigación en la que se propone una nueva perspectiva conceptual sobre el «yo» derivada de la Psicología Cognitiva. En definitiva, consideraremos aquellos estudios en los que se conceptualiza el «yo» como un «esquema cognitivo» y, por lo tanto, como un mecanismo procesador de información.

Definición del «yo»

Al igual que no existe una definición precisa de «esquema cognitivo», tampoco existe un concepto universalmente aceptado de lo que es el «yo». Rogers et al. (1977) lo definen formalmente como «... una lista de características que han sido derivadas de un período vital o de experiencias con datos personales. De modo más que probable, una porción de la lista contiene términos generales —no

diferentes a rasgos [de personalidad]— que representan las características esenciales de la visión que una persona tiene de sí misma. Dichos términos están ligados tanto a aspectos menos sobresalientes y más contextuales de la auto-percepción como a conductas específicas» (pp. 677-678). De modo semejante, y considerando el «yo» como un esquema cognitivo, Markus (1977) ha definido los «auto-esquemas» (*self-schemata*) como «generalizaciones cognitivas sobre el "yo", derivadas de experiencias pasadas, que organizan y guían el procesamiento de aquella información que, relacionada con el "yo", se encuentra en la experiencia vital de un individuo» (p. 192).

En definitiva, los seres humanos no sólo tienen conocimiento del mundo externo, sino que, además, también pueden tener acceso a sí mismos como objetos de conocimiento. Como señaló Allport (1961, p. 137, cfr. Kihlstrom y Cantor, 1984), «la mente humana es capaz de considerarse a sí misma como un objeto aproximadamente del mismo modo en que considera objetos del mundo externo».

Desde esta perspectiva, es factible considerar que el «yo» consiste en una estructura de conocimiento (un *esquema cognitivo*) sobre uno mismo. No obstante, la definición anteriormente presentada pudiera resultarnos insatisfactoria. Parece lógico pensar que el «yo» no tiene por qué ser limitado a un listado más o menos general de características de personalidad. Aspectos como, por ejemplo, el «esquema corporal», también podrían ser considerados como parte integrante del conocimiento de uno mismo. De hecho, desde un punto de vista epistemológico, cabe distinguir entre un tipo de conocimiento *declarativo* y un conocimiento *procesal* (Winograd, 1975). Es decir, un conocimiento de hechos concretos (ej.: palabras) y un conocimiento de reglas de uso, de elementos funcionales (ej.: las reglas de la gramática), respectivamente; este último tipo de conocimiento no tiene que ser necesariamente *accesible* para el sujeto incluso aunque forme parte esencial de sus redes de conocimiento. Naturalmente puede resultar difícil evaluar los componentes menos declarativos del «yo» y, como veremos más adelante, la mayoría de las investigaciones realizadas han considerado el «yo» como la parte *expresable* o fácilmente accesible, del conocimiento que uno tiene de sí mismo.

En nuestra opinión hay dos aspectos relevantes que merecen ser analizados en esta nueva perspectiva sobre el «yo». En primer lugar, cabe preguntarse si el conocimiento sobre uno mismo es un tipo de conocimiento especial o si, por el contrario, es un esquema con las mismas propiedades que cualquier otro. En segundo lugar, lo novedoso de esta perspectiva no reside en que se considere al «yo» como un tipo de conocimiento conceptual, sino que, al considerarlo como un «esquema» se supone que consiste en una estructura que inter-

viene activamente en el procesamiento de la información. Además, como señalan Kihlstrom y Cantor (1984), este tipo de estudios sobre el «yo» se inscribe en un nuevo modo de concebir la Psicología de la Personalidad en el que, más que intentar hallar taxonomías de rasgos, lo que se pretende es (partiendo del cuerpo teórico suministrado por la Psicología General) analizar cómo las personas comprenden su entorno y se comportan en el mismo. Vamos a revisar el apoyo que ha recibido este nuevo enfoque teórico sobre el «yo».

Procesamiento de información autorreferente

Los estudios de Markus (1977) y Rogers (Rogers, 1977; Rogers et al., 1977) fueron los pioneros en esta nueva vía de investigación. Markus (1977), a través de una serie de escalas, obtuvo dos grupos de sujetos: personas que poseían una característica personal muy acentuada (ej.: independencia) y que, además, la consideraban muy importante en sus vidas —lo que Markus llamó personas «esquemáticas» en esa determinada característica—, y personas «no esquemáticas» en ese determinado rasgo (caracterizadas justamente por lo contrario). Markus halló que los sujetos «esquemáticos» en ese rasgo mostraban tiempos de reacción menores que los «no esquemáticos» en autodescribirse un adjetivo correspondiente a dicho esquema; a la vez, eran más rápidos adscribiéndose a ese tipo de adjetivos que a adjetivos no relacionados con su propio esquema. Así, los sujetos «independientes» eran más rápidos que los sujetos «dependientes» autodeclarándose, por ejemplo, «individualista» (un adjetivo relacionado con el esquema «independencia»); asimismo, los «independientes» eran más rápidos autodeclarándose «individualistas» que autodeclarándose convencional (un adjetivo opuesto a su esquema personal).

a) No obstante, la mayoría de los estudios realizados sobre el «yo» como un procesador de información han empleado tareas de *memoria*. De acuerdo con el ya clásico modelo propuesto por Craik y Lockhart (1972) y Craik y Tulving (1975), el recuerdo de una información dada depende del grado de elaboración o «profundidad» que se da a dicha información cuando se la recibe. Rogers et al. (1977) demostraron que los mejores índices de recuerdo se observaban en aquella información (i.e., adjetivos de personalidad) procesados de un modo *autorreferente*. En efecto, Rogers et al. (1977) demostraron que los adjetivos asociados con una pregunta «autorreferente» («Te describe?») eran mejor recordados —en una prueba de recuerdo posterior— que aquellos otros adjetivos que fueron procesados de modo «estructural» («¿Es una palabra larga?»), «fonético» («¿Rima con?»), o incluso «semántico» («¿Significa lo mismo que?») (7). Así, pues, parece probable que la *autorreferenciación* sea el modo

más elaborado, más profundo, que tengan los seres humanos para procesar una información determinada.

El hecho de que los estímulos (ej.: listas de adjetivos) sean mejor recordados cuando son juzgados de modo autorreferente (Rogers, 1977; Rogers et al., 1977; Kuiper y Rogers, 1979; Bower y Gilligan, 1979; Kuiper et al., en prensa) parecen apoyar la idea de que el «yo» es un «marco de referencia» (cfr. Markus, 1977) para el *input* o de que, como han señalado Rogers (1981) y Greenwald (1981), es un punto fijo de referencia usado para guiar el procesamiento de la información. En esta misma línea, Ganellen y Carver (1985), empleando el mismo paradigma experimental que Rogers et al. (1977), han hallado que este efecto de la autorreferencia es más acusado para aquellos adjetivos que los individuos consideran como muy distintivos o característicos de sí mismos. Si una de las motivaciones básicas de los seres humanos es buscar explicaciones causales de lo que les sucede y dar significado a sus comportamientos (ej.: Kelly, 1955; Kelley, 1967), parece razonable que empleen de un modo general el «esquema» que probablemente «mejor conocen» (véase Bem, 1972), es decir, el «yo», para interpretar lo que les acontece.

El marco experimental desarrollado por Rogers et al. (1977) promete ser, además, fructífero en la investigación de problemas psicopatológicos (véase Vázquez y Alloy, 1986). Así, por ejemplo, Kuiper y Derry (1981) han demostrado que las personas deprimidas parecen tener un recuerdo excelente de adjetivos de tipo depresivo procesados de modo autorreferente; el grado de recuerdo es incluso mejor que el de las personas no deprimidas que han procesado autorreferentemente adjetivos de tipo no depresivo. La importancia de la utilización de este tipo de tarea experimental es evidente, pues no ha sido infrecuente afirmar que las personas deprimidas presentan déficits cognitivos bastante generalizados (ej.: Weingartner et al., 1981).

b) La base empírica para apoyar la idea de un efecto distintivo autorreferente no se reduce a los estudios sobre memoria. El área de las **atribuciones causales** también ofrece interesantes resultados. Parece claro que las personas analizan sus propios comportamientos empleando procesos y/o categorías bastante diferentes a los que emplean cuando han de analizar el comportamiento de los demás. De hecho, Jones y Nisbett (1971) hallaron que cuando las personas han de explicar las razones de su propio comportamiento, consideran multitud de factores situacionales que les condujeron a obrar de ese determinado modo; si nembargo, cuando han de explicar las razones que explican el comportamiento de otros, entonces se aducen variables disposicionales más estables. Este sesgo, denominado «error atribucional fundamental», queda perfectamente resumido en palabras de Mischel (1973): «Cuando describimos a otras personas parecemos

actuar más como teóricos de los rasgos, pero cuando intentamos comprender nuestro comportamiento funcionamos más como conductistas sociales» (p. 263). Por ejemplo, si uno mismo se comporta agresivamente en una circunstancia determinada, una probable «explicación» a posteriori podría ser: «es que *estaba* de mal humor»; sin embargo, si uno observa el comportamiento agresivo de otro, es probable que se aduzcan explicaciones del tipo: «es que *es* una persona violenta». Naturalmente, el grado de asimetría de estas atribuciones depende, por ejemplo, del grado de conocimiento que tengamos de la otra persona (Garrido y De la Torre, 1981; Zuroff, 1982), o del tipo de conducta (ej.: indeseable vs. deseable) que se esté analizando: es más probable dar explicaciones situacionales sobre la propia conducta cuando ésta ha sido indeseable que cuando ha sido deseable (ej.: Eisen, 1979). Asimismo es ya un fenómeno clásico constatar cómo las atribuciones causales para el fracaso son normalmente bastante diferentes de las efectuadas cuando se tiene éxito (Heider, 1958): uno aprueba una asignatura por sus incuestionables virtudes intelectuales, pero suspende por la indudable malicia o incompetencia del profesor.

Aunque existe una controversia entre aquellos que proponen una explicación «motivacional» de estos fenómenos atribucionales y aquellos otros que proponen una explicación cognitiva (véase Vázquez, 1985, y Van Heck y Dijkstra, 1985), es innegable que el procesamiento de información autorreferente ofrece peculiaridades que conducen a lo que se ha denominado *sesgos egocéntricos* (Bradley, 1978) o *sesgos autosirvientes* (Miller y Ross, 1975; Bradley, 1978) (6).

c) También creemos probable que la autorreferencia sea un factor que contribuya a canalizar los *recursos atencionales* de las personas. En uno de sus ya clásicos experimentos empleando tareas de escucha dicótica, Moray (1959) observó que los sujetos no eran conscientes del mensaje que se les presentaba a través del canal no atendido incluso aunque dicho mensaje fuese la repetición constante de una misma palabra; sin embargo, cuando en el canal auditivo no atendido se les presentaba un mensaje precedido con su *nombre propio*, los sujetos focalizaban súbitamente su atención a dicho canal. Más recientemente, Bargh (1982) halló que cuando se presenta información autorreferente por el canal no atendido, dicha información tiende a restar eficacia al «seguimiento» de la información que se presenta en el canal atendido incluso a pesar de que el sujeto no sea consciente del contenido de la información que se le presenta en el canal no atendido. Por último, Geller y Shaver (1976), haciendo uso de una modificación del conocido «efecto Stroop», hallaron que las personas tardan más en nombrar el color con el que está escrita una palabra autorreferente que el color con el que está escrita una **palabra neutra**.

Todo este conjunto de resultados parece apuntar al hecho de que la información autorreferente tiene una mayor probabilidad que otro tipo de información de ser procesada de modo *automático* (cfr. Shiffrin y Schneider, 1977); es decir, parece que dicha información requiere menos recursos cognitivos (ej.: control voluntario de la atención) para que se inicie su procesamiento. Se necesita investigar hasta qué punto el grado de autorreferencia interviene en la distribución de recursos cognitivos. Por ejemplo, pudiera ser que en las personas paranoicas el umbral para que se atiende automáticamente información autorreferente sea extremadamente bajo (7); igualmente, de modo menos general, es posible que las personas deprimidas atiendan selectiva y automáticamente a información personal *negativa*. Dé hecho, la combinación de teorías y procedimientos derivados de la Psicología Cognitiva sería sin duda muy beneficioso para la investigación psicopatológica, la cual, a su vez, podría ayudar a clarificar el funcionamiento cognitivo de las personas normales a través del estudio de estos casos «extremos».

Características distintivas del «autoesquema»

En este trabajo estamos señalando que la información referida a uno mismo parece ser procesada de un modo distinto. Sin embargo, existe un problema teórico crucial respecto al grado de idiosincrasia de dicho procesamiento. En otras palabras, aunque existe bastante unanimidad en considerar al «yo» como un genuino esquema cognitivo, se aprecia una considerable polémica sobre si dicho esquema tiene *propiedades particulares* (sean funcionales o estructurales) que le diferencien del resto de los esquemas cognitivos. Esta controversia es sumamente interesante por dos razones. En primer lugar, su resolución ayudaría a averiguar la naturaleza del «yo», y, en segundo lugar, de modo menos específico, ayudaría a conocer con mayor profundidad las propiedades generales de los «esquemas cognitivos».

Una característica que bien pudiera ser distintiva del «yo» es que es un esquema extremadamente *complejo*. El «yo» probablemente constituya el conjunto más rico y articulado de información de que disponemos los humanos. Incluso algunos autores (ej.: Belleza, 1984) proponen que se debe ser cauteloso si se pretende considerar al «yo» como un esquema, ya que puede que el «yo» sea algo demasiado vago, justamente debido a su riqueza estructural, de acuerdo a los criterios definitorios de los «esquemas cognitivos». No obstante, como venimos señalando, parece que el «yo» tiene propiedades funcionales semejantes a otros esquemas cognitivos.

De cualquier modo, en general los esquemas no son categorías perfectamente cerradas en las que sus elementos integrantes sean

partes necesarias y/o suficientes. Los esquemas se constituyen como entidades más bien vagas, de límites un tanto indefinidos (Cantor y Mischel, 1979; Mischel, 1984). Incluso considerando esta característica de los esquemas, creemos que los autoesquemas (o si se prefiere, el «yo») son un tanto peculiares. En efecto, el «yo» parece ser bastante *inestable* tanto temporal como espacialmente; es posible que, para una misma persona, existan simultáneamente varios «yos» (8) que se ponen de manifiesto según lo favorezca las circunstancias (Srull y Gaelick, 1983; Mischel y Peake, 1983; Bandura, 1982). Aunque probablemente esta flexibilidad sea adaptativa (Gergen, 1971, 1982; Pepitone, 1981), no sabemos en qué modo esta pluralidad de «yos» afecta al procesamiento de la información. Por ejemplo, ¿existen algunos elementos personales que intervengan muy a menudo por ser muy importantes para el individuo?, ¿en qué circunstancias se activan elementos específicos del autoesquema?, ¿existe realmente una jerarquía entre los elementos constitutivos de los autoesquemas?, etc.

Asimismo, creemos que existe un aspecto sumamente interesante en el funcionamiento del «yo». En efecto, aunque con alguna excepción (Rogers et al., 1977), repetidamente se ha comprobado que los sujetos son más rápidos en responder afirmativamente a un adjetivo congruente con su esquema que en responder afirmativamente bien a un adjetivo no congruente (Markus, 1977) o bien a alguna otra pregunta semántica (Kuiper y Rogers, 1979; Keenan y Baillet, 1980). Este hallazgo resulta un tanto paradójico dado que, en general, se asume la existencia de una correlación positiva entre «profundidad» de procesamiento y tiempo que consume dicho procesamiento (Craik y Tulving, 1975) (9). En otras palabras, si se considera que el «yo» está constituido por redes prolijas de conocimiento, parece paradójico que el *acceso* a los elementos de dichas redes sea *más rápido* que el acceso a elementos de redes menos complejas. Por otro lado, este hallazgo pone en duda la validez de los modelos de memoria en los que se supone que cuando los individuos intentan recordar una información determinada lo hacen mediante una búsqueda serial («scanning») de los elementos integrantes de la lista (Sternberg, 1969; Glass, 1984), de modo que cuanto mayor y más compleja sea esa lista, menor será la velocidad de recuerdo de elementos de la misma (10). De modo semejante, en el modelo ACT de Anderson (1981, 1984) se propone que la rapidez de activación de las redes mnemónicas sería una función directa de tanto la fuerza de los vehículos asociativos entre los elementos (o «nudos»), como del número de conexiones que exista entre tales elementos. Parece claro que el funcionamiento del «yo» transgrede en cierto modo —como también ha apuntado Rogers (1981)— este tipo de explicaciones sobre la organización del conocimiento; en efecto, aunque el

«yo» parece ser una estructura sumamente compleja (es decir, con multitud de «nudos» semánticos interconectados), la recuperación de elementos de tal estructura es, como ya hemos señalado, extremadamente rápida (11).

Greenwald (1981) y Bargh (1982) han afirmado que el «yo» es un esquema que está casi continuamente activado (recuérdese el experimento de escucha dicótica de Moray, 1959); así, pues, una característica definitoria de los autoesquemas pudiera ser también el poseer un umbral de activación muy bajo. Esto no quiere decir que el «yo» intervenga continuamente en el procesamiento de *cualquier* tipo de información (véase una discusión al respecto en Markus y Sentis, 1982), sino que dicho esquema, seguramente debido a su extraordinaria interconexión con otros esquemas, es muy fácil de activar.

Todo este conjunto de datos parece apuntar al hecho de que el «yo» es un esquema diferente al resto de los esquemas cognitivos. No obstante, existe cierta discrepancia en este punto. Aunque la mayoría de los autores (ej.: Rogers, Kuiper, Markus...) confieren propiedades idiosincráticas a los autoesquemas, autores como Bower y Gilligan (1979) y Keenan y Baillet (1980) consideran que el autoesquema no tiene ninguna propiedad especial, con la excepción de que es algo «familiar», o muy bien conocido, para el sujeto; por ejemplo, Bower y Gilligan (1979) hallaron que las personas tienen, en efecto, un mejor recuerdo de información autorreferente, pero no significativamente mejor que el recuerdo de información referente a sus propias madres, de modo que el factor «familiaridad» podría explicar gran parte de los resultados. Incluso, en un interesante desarrollo teórico, Rogers (1981, 1983) y Zajonc (1980) han propuesto la existencia de un *código emocional* (posiblemente carente de elementos verbales) que se regiría por reglas no equivalentes al *código cognitivo*; considerando esta distinción, dichos autores han señalado que quizá algunas de las peculiaridades del autoesquema residiría justamente en el alto valor emocional (y cognitivo) que conlleva para el sujeto.

En resumen, aunque existe una polémica abierta sobre la naturaleza del «yo» como esquema cognitivo, parece que dicha estructura presenta ciertas características distintas que la diferenciación (quizás más cuantitativa que cualitativamente) de otras estructuras de conocimiento. En comparación con estas últimas, podemos afirmar que el «autoesquema» es una estructura: 1) más completa; 2) más ricamente ligada a otras estructuras; 3) más vaga e inestable (al menos en algunos de sus elementos); 4) más fácilmente activable, y 5) probablemente con una mayor carga emocional, la cual interviene en su modo de funcionamiento.

EFICACIA DE LOS (AUTO)ESQUEMAS

Hasta ahora hemos señalado que el «yo» parece proveer un eficaz procesamiento de la información. Sin embargo, esta afirmación debería entenderse con ciertas cautelas. De hecho, uno de los elementos más polémicos sobre la función de los esquemas cognitivos es justamente el grado de eficacia con el que procesan la información (véase, por ejemplo, Alba y Hasher, 1983).

Parece claro que los «esquemas cognitivos» son una herramienta imprescindible para el análisis del entorno y, en definitiva, para el comportamiento. Como hemos señalado anteriormente, las esquemas codifican y categorizan la información que constantemente recibimos. Ahora bien, justamente este proceso simplificador puede que tenga la contrapartida de favorecer una eventual pérdida de información) o de distorsión de la misma (los esquemas también actúan modificando la información para que se acomode a su propia estructura). Así, por ejemplo, el mantenimiento de los prejuicios sociales parece operar a través del empleo de «esquemas» (negativos) que se emplean para analizar la conducta del individuo objeto del prejuicio (Hamilton, 1981; Taylor, 1982). Por lo tanto, es probable que el uso de «esquemas cognitivos» dirija en exceso la información, bien cuando aquéllos son especialmente fuertes o rígidos, o bien cuando la información es vaga (Alloy y Tabachnik, 1984; Metalsky y Abramson, 1981). Dado que los entornos normales en los que se desenvuelve nuestra conducta cotidiana, por lo general, proporcionan información bastante ambigua, se acentúa el papel de los esquemas como guías del procesamiento cognitivo: un rechazo amoroso (un dato objetivo) puede ser interpretado de modos muy diferentes según diferentes esquemas y, lo que es más importante, resulta casi imposible otorgar grados de validez a las diferentes interpretaciones sobre dicho fracaso.

Barlett (1932) fue el primer autor que explícitamente elaboró el concepto de «esquemas». Para Barlett, los esquemas tienen una gran importancia como agentes mnésicos. Este autor observó que el recuerdo de experiencias pasadas tiende a distorsionarse de acuerdo a un principio de simplificación. De este modo, conforme pasa el tiempo nuestros recuerdos son cada vez menos ricos y llenos de los detalles que originalmente portaban, deviniendo, en definitiva, en algo «esquemático». Sin duda, éste es un principio de «economía cognitiva», pero, a su vez, tiene el precio obvio de la deformación de lo almacenado.

Tomemos el caso ya señalado del psicólogo que está entrevistando al paciente. Si dicho psicólogo sabe «perfectamente» lo que es un «enfermo mental» (o, en otras palabras, lo sabe «demasiado» bien),

es probable que el empleo de ese concreto esquema cognitivo favorezca de algún modo la distorsión de lo que está analizando. Es decir, un esquema extremadamente fuerte o inflexible puede dirigir en exceso el procesamiento de determinados elementos, prescindiendo en buena medida de la información idiosincrática que éstos ofrecen. Por otro lado, un esquema cognitivo débil probablemente también favorezca un procesamiento ineficiente de la información; un joven estudiante de psicología, con una «débil» noción de lo que es un «enfermo mental», probablemente diagnosticará errónea o insuficientemente a un sujeto dado. En la Figura 1 hemos expuesto lo que podría ser este tipo de relación en forma de «U» invertida.

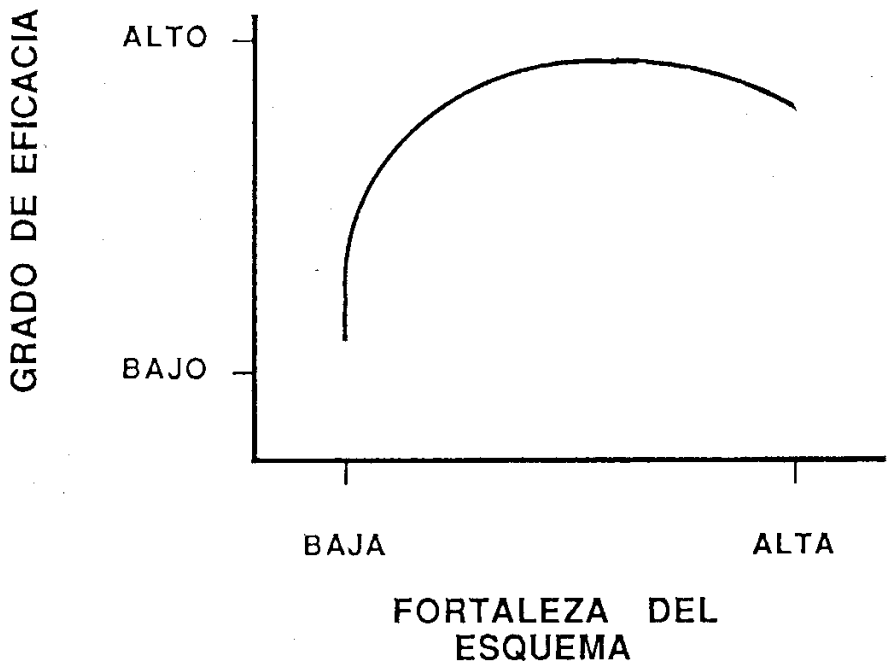


FIGURA 1

Relación hipotética entre el grado de fortaleza de un esquema y su eficacia para procesar el input.

Es bastante probable que el «yo» sea un esquema cognitivo especialmente proclive a las distorsiones. Los ya citados «sesgos auto-sirvientes» pueden interpretarse como casos concretos de este tipo de distorsiones (12). Autores como Greenwald (1980) han llegado a calificar al «yo» como una estructura cognitiva «totalitaria» dado el modo en el que pueden dirigir (e incluso sesgar) el procesamiento

de la información tanto en la fase de codificación como en la fase de recuperación.

Los estudios sobre recuerdo de elementos autorreferentes parecen indicar que el «yo» es un esquema sumamente eficaz. Sin embargo, creemos que determinadas limitaciones metodológicas en esta serie de estudios pueden haber sobrevalorado dicha eficacia. Por ejemplo, la inmensa mayoría de los estudios realizados hasta la fecha han empleado pruebas de recuerdo libre y no de reconocimiento y, por lo tanto, es posible que tales estudios hayan sido insensibles para detectar sesgos mnésicos autorreferentes. En efecto, cuando uno recuerda información autorreferente (empleando una prueba de reconocimiento), obtiene muchos aciertos, pero *también* comete muchas falsas alarmas (Rogers et al., 1979). Así pues, la consideración de una variable dependiente adecuada puede que modifique sustancialmente lo que hasta ahora se ha venido sosteniendo de modo general (Vázquez y Alloy, 1986). En suma, si la recuperación de elementos de la memoria se debe a un proceso básicamente *reconstructiva* (cfr. Tulving, 1983) parece más que probable que la recuperación de elementos relacionados con uno mismo sea susceptible de estar afectada por sesgos sistemáticos en dicho proceso. Estudios futuros habrán de evaluar bajo qué condiciones se producen distorsiones en el material codificado y/o almacenado; por ejemplo, es posible que tales distorsiones sean más probables cuando el material tenga un alto contenido afectivo.

CONCLUSIONES

A lo largo del presente trabajo hemos intentado mostrar cómo los sistemas de autorreferencia (o autoesquemas, o si se prefiere, el «yo») pueden ser conceptualizados como estructuras cognitivas o procesadoras de información. La importancia de esta nueva vía de estudio es obvia. Además de «rescatar» conceptos que hasta hace poco estaban relegados a perspectivas psicodinámicas, permite comprender mejor el funcionamiento cognitivo/emocional de los seres humanos. Por otro lado, este tipo de investigación promete ser sumamente fructífera en el estudio de problemas psicopatológicos (ej.: Kendall y Hollon, 1981; Kuiper et al., 1983) (13). Aunque sin duda es un área de investigación susceptible de controversias, parece innegable que puede ofrecer un valioso marco conceptual para comprender e integrar una gran cantidad de fenómenos (ej.: sesgos atribucionales) observados en el funcionamiento cotidiano de los seres humanos. Por último, nos parece interesante señalar que este tipo de estudios permite integrar, en un modo ciertamente renovador, la psicología de la personalidad con el marco teórico ofrecido por la psicología cognitiva.

NOTAS

- (1) Como afirmaron De Soto y Bosley (1962), «el término *estructura cognitiva* es doblemente molesto para los psicólogos. «*Cognitivo*» hace referencia a algo no muy accesible, y «*estructura*» añade inoportunamente que este fantasma está adecuadamente organizado o articulado» (p. 303). Está fuera del alcance de este trabajo la discusión sobre el uso de éste y otros términos «subjetivistas» (como el de «yo»). Gergen (1984) ha realizado un lúcido análisis de las bases epistemológicas que justifican la recuperación (tras el «Imperio» conductista) de este tipo de lenguaje psicológico.
- (2) Se pueden distinguir esquemas para personas y roles (ej.: Hamilton, 1981), esquemas de secuencias de acción orientadas hacia una meta (ej.: Shank y Abelson, 1977), esquemas sobre escenarios, etc. (véase Graesser y Grakamura, 1982).
- (3) Alloy y Tabachnik (1984) ofrecen un excelente marco teórico para explicar cómo este tipo de esquemas pudieran afectar el juicio del (psicólogo) clínico.
- (4) En algunos artículos de Psicología en castellano no es infrecuente emplear el término inglés «self», seguramente intentando así substrair este concepto de sus connotaciones psicodinámicas.
- (5) Este resultado es además interesante, pues pone de manifiesto que, dentro de la categoría que Craik y Tulving (1975) denominaron «nivel semántico», se pueden distinguir subniveles adicionales de significado. Asimismo, parece lógico el hecho de que sea un tipo de procesamiento autorreferente el que proporcione un mejor recuerdo de la información no es muy extraño, pues, como afirman Aparicio y Zacagnini (1980), «... procesar un material en profundidad quiere decir relacionarlo con nuestro conocimiento del mundo».
- (6) Iso-Ahola (1985) ha señalado que, además de otros problemas metodológicos que aún afronta la investigación sobre atribuciones, la definición de «sesgo egocéntrico» es más bien vaga y unilateral. Así, por ejemplo, atribuirse la culpa de algo delante de los demás observadores puede que tenga una finalidad egocéntrica para el sujeto aunque para el investigador (ej.: Miller y Ross, 1975) una atribución egocéntrica sería justamente lo contrario.
- (7) De hecho, la «autorreferenciación» es quizás el síntoma más característico de la paranoia.
- (8) La oposición a la noción de un «yo» unitario no es en modo alguno reciente. Por ejemplo, tanto William James (1890) como Margaret Mead apoyaban la idea de la existencia de múltiples «yos» en cada persona; incluso Mead (1934) afirmaba que existen tantos «yos» cuantas personas le conocen a uno (incidiendo así en la inestabilidad situacional de la personalidad).
- (9) No obstante, véase en Baddeley (1978) una crítica de las limitaciones de esta relación.
- (10) Sin embargo, Smith (1981) ha señalado que la complejidad cuantitativa de la red apenas tendría influencias remarcables en la rapidez de recuerdo de los elementos.
- (11) Kihlstrom y Cantor (1984) han discutido las posibles diferencias entre considerar al «yo» como un conjunto de redes proposicionales (véase Anderson, 1984) o considerarlo como un listado más o menos difuso de atributos, es decir, un «prototipo» (véase Cantor y Mischel, 1979, o Mischel, 1984).

(12) No obstante, es perfectamente posible que este tipo de distorsiones cumplan un eficaz papel adaptativo en los seres humanos (Vázquez, 1985).

(13) Es posible, por ejemplo, que muchos cuadros depresivos puedan tener su origen en la existencia de un modo peculiar negativo de procesar información respecto a uno mismo [ej.: Beck, 1976; Derry y Kuiper, 1981; Vázquez y Alloy, 1986; Vázquez, 1987]. De hecho, el marco atribucional propuesto para explicar la depresión (Abramson, Seligman, y Teasdale, 1978) puede ser considerado como un caso particular de un «autoesquema negativo».

REFERENCIAS

- Abelson, R. (1981): *Persons. A study in philosophical psychology*. N. Y.: St. Martin's Press.
- Alba, J. W., y Hasher, L. (1983): «Is memory schematic? *Psychological Bulletin*, 93, 203-231.
- Alloy, L. B., y Tabachnik, N. (1984): «Assessment of covariations by animals and humans: The joint influence of prior expectations and current situational information». *Psychological Review*, 91, 112-149.
- Allport, G. W. (1961): *Pattern and growth in personality*. N. Y.: Holt, Rinehart & Winston.
- Anderson, J. R. (1981): «Concepts, proposition and schemata: What are the cognitive units? En H. E. Howe y J. H. Flowers (eds.): *Nebraska Symposium on Motivation* (vol. 28): *Cognitive processes*. Lincoln: Nebraska University Press.
- Anderson, J. R. (1984): «Spreading activation». En J. R. Anderson y S. M. Kosslyn (eds.): *Tutorial in learning and memory*. San Francisco: Freeman.
- Aparicio, J. J. y Zacagnini, J. L. (1980): «Memoria y adquisición del conocimiento». *Estudios de Psicología*, 2, 78-92.
- Badeley, A. D. (1978): «The trouble with levels: A reexamination of Craik and Lockhart's 'Framework for memory research'». *Psychological Review*, 85, 139-152.
- Bandura, A. (1982): «The self and mechanisms of agency». En J. Suls (ed.): *Psychological perspectives on the self* (vol. 1). Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Bargh, J. A. (1982): «Attention and automaticity in the processing of self-relevant information». *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 425-436.
- Barlett, F. C. (1932): *Remembering*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bellezza, F. S. (1984): «The self as a mnemonic device: The role of internal cues». *Journal of Personality & Social Psychology*, 47, 506-515.
- Bem, D. (1972): «Self-perception theory». En G. H. Bower (ed.): *The psychology of learning and motivation* (vol. 6). Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Bower, G. H., y Gilligan, S. G. (1979): «Remembering information related to one's self». *Journal of Research in Personality*, 13, 420-432.
- Bradley, G. W. (1978): «Self-serving biases in the attribution process: A reexamination of the fact or fiction question». *Journal of Personality & Social Psychology*, 36, 56-71.

- Cantor, N., y Mischel, W. (1979): «Prototypes in person perception». En L. Berkowitz (ed.): *Advances in experimental social psychology* (vol. 12). N. Y.: Academic.
- Cantor, N.; Smith, E. E.; French, R., y Mezzich, J. (1980): «Psychiatric diagnosis as prototype categorization». *Journal of Abnormal Psychology*, 89, 181-193.
- Craik, F. I., y Lockhart, R. S. (1972): «Levels of processing: A framework for memory research». *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 11, 671-684.
- Craik, F. I., y Tulving, E. (1975): «Depth of processing and the retention of words in episodic memory». *Journal of Experimental Psychology: General*, 104, 268-294.
- De Soto, C. B., y Bosley, J. J. (1962): «The cognitive structure of a social structure». *Journal of Abnormal & Social Psychology*, 64, 303-307.
- Eisen, S. V. (1979): «Actor-observer differences in information inference and causal attribution». *Journal of Personality & Social Psychology*, 31, 674-685.
- Ganellen, R. J., y Carver, C. S. (1985): «Why does self-reference promote incidental encoding?» *Journal of Experimental Social Psychology*, 21, 284-300.
- Garrido, E., y De la Torre (1981): «Actor-observador. Una hipótesis no confirmada en la teoría de la atribución». *Revista de Psicología General y Aplicada*, 36, 697-718.
- Geller, V., y Shaver, P. (1976): «Cognitive consequences of self-awareness». *Journal of Experimental Social Psychology*, 12, 99-108.
- Gergen, K. J. (1971): *The concept of self*. N. Y.: Holt, Rinehart & Winston.
- Gergen, K. J. (1982): «From self to science: What is there to know? En J. Suls (ed.): *Psychological perspectives on the self* (vol. 1). Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Gergen, K. J. (1984): «Theory of the self: Impasse and evolution». In G. H. Bower (ed.): *The psychology of learning and motivation* (vol. 17). N. Y.: Academic.
- Glass, A. L. (1984): «Effects of memory set in reaction time». En J. R. Anderson y S. M. Kosslyn (eds.): *Tutorial in learning and memory*. San Francisco: Freeman.
- Graesser, A. C., y Nakamura, G. V. (1982): «The impact of a schema on comprehension and memory». En G. H. Bower (ed.): *The psychology of learning and motivation* (vol. 16). N. Y.: Academic.
- Greenwald, A. J. (1980): «The totalitarian ego. Fabrication and revision of personal history». *American Psychologist*, 35, 603-618.
- Greenwald, A. J. (1981): «Self and memory». En G. H. Bower (ed.): *The psychology of learning and motivation* (vol. 15). Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Hamilton, D. L. (1981): «Illusory correlation as a basis for stereotyping». En D. L. Hamilton (ed.): *Cognitive processes in stereotyping and intergroup behavior*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Heider, F. (1958): *The psychology of interpersonal relations*. N. Y.: Wiley.
- Iso-Ahola, S. E. (1985): «Conceptual and methodological problems in the analysis of self-serving causal attributions of success and failure». *Scandinavian Journal of Psychology*, 26, 2-11.
- James, W. (1980): *The principles of psychology* (vol. 2). N. Y.: Holt.

- Jones, E. E., y Nisbett, R. (1971): «The actor and the observer: Divergent perceptions on the causes of behavior». En E. E. Jones et al. (eds.): *Attribution: Perceiving the causes of behavior*. Morristown, N. J.: General Learning Press.
- Kelley, H. H. (1967): «Attribution theory in social psychology». En D. Levine (ed.): *Nebraska Symposium on Motivation* (vol. 15). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Kelly, G. A. (1955): *The psychology of personal constructs*. N. Y.: Norton.
- Kendall, P. C., y Hollon, S. D. (1981): «Assessing self-referent speech: Methods in the measurement of self-statements». En P. C. Kendall y D. Hollon (eds.): *Assessment strategies for cognitive-behavioral interventions*. N. Y.: Academic.
- Kihlstrom, J. F., y Cantor, N. (1984): «Mental representations of the self». En L. Berkowitz (ed.): *Advances in experimental social psychology* (vol. 17). N. Y.: Academic.
- Kuiper, N. A., y Derry, P. A. (1981): «The self as a cognitive prototype: An application to person perception and depression». En N. Cantor y J. Kihlstrom (eds.): *Cognition, social interaction and personality*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Kulper, N. A., y Rogers, T. B. (1979): «Encoding of personal information: Self-other differences». *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 499-514.
- Markus, H. (1977): «Self-schemata and processing information about the self». *Journal of Personality & Social Psychology*, 35, 63-78.
- Markus, H., y Sentis, K. (1982): «The self in social information processing». En J. Suls (ed.): *Psychological perspectives on the self* (vol. 1). Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- McGuire, W. J. (1984): «Search for the self: Going beyond self-esteem and the reactive self». En R. A. Zucker, J. Aronoff y A. I. Rabin (eds.): *Personality and the prediction of behavior*. N. Y.: Academic.
- McGuire, W. J., y McGuire, C. V. (1982): «Significant others in self-space: Sex differences and developmental trends in the social self». En J. Suls (ed.): *Psychological perspectives on the self* (vol. 1). Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Mead, G. H. (1934): *Mind, self and society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Meehl, P. E. (1973): «Why I do not attend case conferences». En P. E. Meehl (ed.): *Psychodiagnosis Selected papers*. N. Y.: Norton.
- Metalsky, G. I., y Abramson, L. Y. (1981): «Attributional styles: Toward a framework of conceptualization and assessment».
- Miller, G. A.; Galanter, E., y Pribram, K. H. (1960): *Plans and the structure of behavior*. N. Y.: Holt, Rinehart & Winston.
- Miller, D. T., y Ross, M. (1975): «Self-serving biases in the attribution of causality: Factor or fiction?» *Psychological Bulletin*, 82, 213-225
- Minsky, M. (1975): «A framework for representing knowledge». En P. Winston (ed.): *The psychology of computer vision*. N. Y.: McGraw-Hill.
- Mischel, W. (1973): *Personality and assessment*. N. Y.: Wiley.
- Mischel, W. (1984): «On the predictability of behavior and the structure of personality». En R. A. Zucker, J. Aronoff y A. I. Rabin (eds.): *Personality and the prediction of behavior*. N. Y.: Academic.

- Mischel, W., y Peake, P. K. (1983): «Beyond déjà vu in the search for cross-situational consistency». *Psychological Review*, 89, 730-755.
- Moray, N. (1959): «Attention in dichotic listening: Affective cues and the influence of instructions». *Quarterly Journal of Experimental Psychology*, 11, 56-60.
- Nelsson, U. (1976): *Cognition and reality*. N. Y.: Appleton-Century-Crofts.
- Pepitone, A. (1981): «Lessons from the history of social psychology». *American Psychologist*, 36, 972-985.
- Rogers, T. B. (1977): «Self-reference in memory: Recognition of personality items». *Journal of Research in Personality*, 11, 295-305.
- Rogers, T. B. (1981): «A model the self as an aspect of the human information-processing system». En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.): *Personality, cognition and social interaction*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Rogers, T. B. (1983): «Emotion, imagery and verbal coding: A closer look at an increasingly complex interaction». En J. C. Yulle (ed.): *Imagery, memory and cognition. Essays in honor of Allan Paivio*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Rogers, T. B.; Kuiper, N. A., y Kirker, W. S. (1977): «Self-reference and the encoding of personal information». *Journal of Personality & Social Psychology*, 35, 677-688.
- Rogers, T. B.; Rogers, P. J., y Kuiper, N. A. (1979): «Evidence for the self as a cognitive prototype: The 'False Alarm Effect'». *Personality & Social Psychology Bulletin*, 5, 53-56.
- Rosch, E. (1978): «Principles of categorization». En E. Rosch y B. B. Lloyds (eds.): *Cognition and categorization*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Rosenhan, D. L. (1973): «On being sane in insane places». *Science*, 179, 258-259.
- Rumelhart, D. E., y Ortony, A. (1977): «The representation of knowledge in memory». En R. Anderson, R. J. Spiro y W. E. Montague (eds.): *Schooling and the acquisition of knowledge*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Shank, R., y Abelson, R. (1977): *Scripts, plans, goals and understanding*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Shiffrin, R. M., y Schneider, W. (1977): «Controlled and automatic human information processing: II. Perceptual learning, automatic attending and a general theory». *Psychological Review*, 84, 127-190.
- Smith, E. E. (1981): «Organization of factual knowledge». En H. E. Howe y J. H. Flowers (eds.): *Nebraska Symposium on Motivation* (vol. 28): *Cognitive process*. Lincoln: Nebraska University Press.
- Srull, T. K., y Gaelick, L. (1983): «General principles and individual differences in the self as a habitual reference point: An examination of self-other judgments of similarity». *Social Cognition*, 2, 108-121.
- Sternberg, S. (1969): «Memory-scanning: Mental processes revealed by reaction-time experiments». *American Scientist*, 57, 421-457.
- Suls, J. & Greenwald, A. G. (1983): *Psychological perspectives on the self* (vol. 2). Hillsdale, N. J.: Erlbaum.
- Taylor, S. E. (1982): «The availability bias in social perception and interaction». En D. Kahneman, P. Slovic y A. Tversky (eds.): *Judgement under uncertainty: Heuristic and biases*. N. Y.: Cambridge University Press.

- Tulving, E. (1983): *Elements of episodic memory*. N. Y.: Oxford University Press.
- Van Heck, G. L., y Dijkstra, P. (1985): «Tre scope and generality of self-other asymmetry in person perception». *European Journal of Social Psychology*, 15, 125-145.
- Vázquez, C. (1985): «Limitaciones y sesgos en el procesamiento de la información: Más allá de la teoría del 'hombre científico'». *Estudios de Psicología*, 23-24, 111-133.
- Vázquez, C. (1987): «Judgment of contingency: Cognitive biases in depressed and nondepressed subjects». *Journal of Personality and Social Psychology*, 52.
- Vázquez, C., y Alloy, L. B. (1986, mayo): *Depression, anxiety and self—an other—schemata: Bias or sensitivity?* Trabajo presentado en el Annual Meeting of the Midwestern Psychological Association.
- Weingartner, H.; Cohen, R. M.; Murphy, D. L.; Martello, J., y Gerdt, C. (1981): «Cognitive process in depression». *Archives of General Psychiatry*, 38, 42-47.
- Wilye, R. C. (1974): *The self-concept* (vol. 1). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Wilye, R. C. (1997): *The self-concept* (vol. 2). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Winograd, T. (1975): «Computer memories: A metaphor for memory organization». En C. N. Cofer (ed.): *The structure of human memory*. San Francisco: Freeman.
- Woll, S. B., y Graesser, A. C. (1982): «Memory discrimination for information typical or atypical of person schemata». *Social Cognition*, 1, 287-314.
- Zajonc, R. (1980): «Feeling and thinking: Preferences need no inferences». *American Psychologist*, 35, 151-175.
- Zuroff, D. C. (1982): «Person, situation and person-by-situation interaction components in person perception». *Journal of Personality*, 50, 1-14.